

ron DeLillo y Joyce Carol Oates) habría sido apabullante. Más anécdotas: A un ensayista de quinta fila que se califica a sí mismo de «crítico honesto» le dio por decir, el otro día, que yo triunfaba en Francia porque ese era un país tradicionalmente «de acogida», o algo por el estilo. Ya está: así justificaba ante sus pobres seguidores que yo fuera un escritor pésimo, aunque triunfara en Francia. O sea, que para él era algo chupado que te hicieran caso allí cuando en realidad todo el mundo sabe que algún mérito literario tienes que haber hecho para que en ese país de gran tradición lectora hayan llegado, por ejemplo –como ocurrió la semana pasada–, a proponerme para que entrara en la Academie Française. Y bien, ahora acabo de recibir dos premios seguidos en Italia, el Flaiano y el premio letterario Elsa Morante «a un gran escritor extranjero» (silenciado los dos, por cierto, por la sección de Cultura de La Vanguardia, el periódico de mi ciudad), dos premios notables, y me gustará saber qué nueva explicación le encontrará el «crítico honesto» a esa expansión de mi obra en Italia. ¿También quedará todo explicado diciendo Italia es «acogedora»?

– *¿Le interesa la literatura que se hace ahora mismo en España? ¿Y en Hispanoamérica, cree que se está viviendo un importante momento de creatividad?*

– Creo en escritores individuales y, como le he dicho, no he creído nunca en las literaturas nacionales. Hay buenos narradores españoles. No doy nombres para evitarme problemas. Lo que sí tengo que decir es que una de las cosas que más me sorprenden de los escritores españoles y de los escritores catalanes de hoy en día es que sientan deslumbramiento ante cualquier patán norteamericano y no hayan mostrado apenas interés por la vigorosa literatura hispanoamericana de ahora. Por lo demás, ya lo dije en un artículo en *El País* y puedo repetírselo a usted ahora si quiere: he tenido que viajar a muy diversos países y padecer –o, mejor dicho, obser-

«Muchos se deslumbran ante cualquier patán norteamericano e ignoran la vigorosa literatura hispanoamericana de ahora»

var- de cerca el desconocimiento de la literatura española en casi todas partes. Sólo cinco o seis nombres de escritores en lengua española son realmente conocidos por el público literario europeo. El referéndum más cruel lo pasan los escritores españoles en Hispanoamérica, donde, a diferencia de Europa, sólo dos o tres escritores –más bien los más alejados del tradicional realismo hispánico y de la prosa castiza- interesan. Si comienzan por no interesar en Hispanoamérica, ¿cómo van a interesar al mundo? Los 101 escritores catalanes que acuden a Frankfurt podrían comenzar a tomar nota de esto, pues quizás les convenga no caer en el mismo pozo en el que han caído numerosos escritores españoles. Pero los catalanes –exceptuando a algunos genios- aún son más cerrados todavía.

– Supongo que conservará aquella cuartilla en la que Marguerite Duras –su casera durante los dos años que vivió en París- le apuntó las claves que debía tener presentes para escribir una novela... unidad, armonía, estilo, tiempo... ¿Cuáles le escribiría usted en una cuartilla en blanco a un joven que quiere ser escritor, lo mismo que era usted entonces?

– Francamente, no creo en los consejos. Es más, me parece que en general se piden consejos para no seguirlos o, en el caso de seguirlos, para reprochárselos luego a quien te los ha dado. Pero en fin, supongamos que me obligaran con una pistola a dar algún consejo a un joven. Le daría aquel que le dio Oscar Wilde a un muchacho al que le habían dicho que debía comenzar desde abajo: «No, empieza desde la cumbre y siéntate arriba.»

– «Un verdadero artista es un solitario de sí mismo» dice en uno de sus últimos cuentos, que es en realidad un ensayo sobre el placer de la invisibilidad y la necesidad del artista de blindarse contra el mundo. ¿Cómo vive esa tensión entre el personaje público con una agenda llena de actos, conferencias, entrevistas, compromisos... y el deseo de aislamiento que le atrajo en un principio de la idea de ser escritor?

**«Sólo cinco o seis escritores españoles
son conocidos en Europa, y en
Hispanoamérica, dos o tres»**

– ¡Ay, ese texto, *La gloria solitaria*...! En realidad, a mí me gustaría poder escribir siempre como lo le hecho en el ensayo que cierra *Exploradores del abismo*. En ese escrito es donde más me reconozco. Ahí precisamente queda claro que el público lector puede ser a veces un gran engorro. Como no estoy actualmente para perder el tiempo, creo que cada vez haré más lo que realmente quiero hacer y que por tanto mi literatura se dirigirá hacia ese tipo de escritura en la que me siento más auténtico y más libre, por mucho que siempre habrá quien se sentirá olvidado como lector. Pero lo siento –le diría yo a ese lector–, no haberte contaminado tanto con la televisión y con la lectura de tanto pesebre castizo.

– *¿Qué opina de la crítica que se hace en España? ¿A usted en particular sigue afectándole una mala crítica, por insignificante que sea, como ha comentado en alguna ocasión?*

– Eso me ocurre porque tengo en gran estima la crítica literaria. He leído siempre crítica, inglesa y francesa sobre todo. En España se cree absurdamente que «criticar» es darle un buen palo a alguien. En fin. A mí me ocurre que cuando me halagan suele importarme poco, pues, como no soy tonto, el éxito lo vivo como algo muy relativo. Y en cambio puede ocurrirme que cualquier mínimo rechazo a mi obra lo vea como una gran afrenta, un rechazo a la totalidad. Ese sentirlo como una gran afrenta es algo que queda ilustrado perfectamente en la anécdota de Pier Paolo Pasolini, artista de la máxima honradez, que lloró por una crítica negativa en la hoja parroquial de un pueblo de mala muerte. Y es que una crítica en contra (aunque el crítico sea un famoso idiota o sea un retrato mío hecho por Trapiello en el que en realidad sólo se retrata a sí mismo), las malas ventas de un libro, ese premio insignificante pero que sin embargo no te han dado, ese escaparate de librería donde no está tu libro y sí en cambio uno de tu más odiado colega, ese suplemento cultural en el que no te nombran y encima dedican tres páginas a un mamarracho, todo eso pueden ser para mí rechazos que me

«En España se cree que criticar es dar un palo. A mí los halagos me importan poco, pero los rechazos los veo como una afrenta»

impiden vivir en paz. En esta entrevista he ilustrado precisamente este drama. Por eso ahora tocaba ironizar sobre él. Y es que en todo texto de los que escribo, pero también en cualquier entrevista que mantengo, necesito incluir la dosis precisa de autoironía.

– *Sabemos el tipo de literatura que no le interesa, en «París no se acaba nunca», por ejemplo, escribe que le hacen reír esos escritores realistas «que duplican la realidad empobreciéndola». Y sabemos también cuáles son sus héroes literarios Walser, Pynchon, Melville, Raymond Roussel, o Samuel Beckett... ¿qué espera encontrar cuando abre un libro? ¿Es fácil seguir hallando literatura subversiva?*

– Espero encontrar una visión del mundo original, distinta de las que ya conocía. En cuanto a la literatura subversiva, la verdad es que no tengo problema para encontrarla siempre.

– *Además del cuento o la novela, también ha cultivado el ensayo, la crónica periodística, las conferencias y multitud de textos –«artefactos literarios»– híbridos. ¿Se siente cómodo fuera de la ficción, por ejemplo, en las crónicas periodísticas que le obligan poner los pies en la tierra para pasearse por la realidad cotidiana?*

– Tiendo a eliminar fronteras entre los géneros para llevarlo todo a mi terreno, a mi aguijón y estilo propio. Dicho de otro modo, todo lo *vilamatizo*, incluida la realidad cotidiana. No lo puedo evitar, va con mi carácter.

– *Reproduzco unas palabras suyas, una bella forma de describir la tarea del escritor «es algo terrible pero que recomiendo a todo el mundo, porque escribir es corregir la vida, es lo único que nos protege de las heridas insensatas y golpes absurdos que nos da la horrenda vida auténtica». ¿La literatura es un refugio para usted?*

– Me gusta mucho una foto que hizo Juan Rulfo en México, donde podía verse un pino seco y un bar cerrado y en ruinas

«Tiendo a eliminar fronteras entre los géneros para llevarlo todo a mi terreno, a mi aguijón»

desde hacía años, en pleno desierto, sin ninguna otra casa en varios kilómetros a la redonda. Ese bar recordaba mucho a ese caserón o salón de juegos solitario en medio de la nada que aparece en la película *Johnny Guitar*. Pero el bar de Rulfo era real. Había sido abandonado hacía muchos años. Lo que me gustó de él es el nombre, el nombre de ese bar, se llamaba (o se había llamado) *El Último Refugio*.

– *Le he pedido «prestada» una pregunta a Ricardo Piglia, al que entrevisté en Cuadernos Hispanoamericanos hace unos números y con quien sé que le une una admiración mutua:*

«Un amigo común me ha dicho que, inicialmente, el Doctor Pasavento se iba llamar Doctor Pynchon y hoy a la tarde he leído con admiración su texto La gloria solitaria donde, entre otras historias, comenta el ensayo Contrapunto de Don De Lillo, ¿podría conocer su opinión sobre esos dos novelistas norteamericanos? ¿Cree usted que han sido influidos, como todos nosotros –desde el más allá– por Macedonio Fernández?»

– Sí. Y hasta me imagino un libro de Pynchon que se titularía *No toda es vigilia la de los ojos abiertos*. Los dos norteamericanos me parecen absolutamente geniales, aunque todavía han de aprender a titular como lo hacía Macedonio. En cuanto a éste, es, sin duda, mi escritor de conspiraciones metafísicas preferido y no me extraña que su alargada sombra se proyecte sobre DeLillo y Pynchon y sobre nosotros y sobre el mundo entero.

– *Dígame la verdad ¿se ha inventado alguna de las respuestas de esta entrevista?*

– Sólo la última, esta respuesta ©

«Macedonio Fernández es, sin duda, mi escritor de conspiraciones metafísicas preferido»

